



El Rostro Divino-Humanidad

www.espiritualidadyevangelizacion.org

“Señor, si quieres, puedes curarme” ... “Quiero. Queda limpio”

Lc 5, 12-13.

Por: Ricardo I. Alaniz Rosas

Apreciados lectores, nos reencontramos en la esperanza de un nuevo año sostenidos en la fe en el Hijo Eterno de Dios, encarnado en la fragilidad de nuestra carne, verdadero Dios y verdadero hombre.

La sabiduría del Evangelio nos permite descubrir como la eternidad acompaña nuestra existencia, como algo inevitable, de lo cual, no podemos escapar sino solo rendirnos ante su misterio, vivirlo, asimilarlo, hacerlo realidad en nuestra vida. Por eso el “logos”, la “Palabra”, se encarna por un designio amoroso, sanador, redentor. Son múltiples las escenas que podemos contemplar en el testimonio escrito de los evangelios donde Dios en su ternura, aquella que puede ser demostrada en diversos gestos, habla a la humanidad.

El tiempo histórico de Jesús no dista tanto al de nosotros, donde la desigualdad social, la marginación por el pobre, la precariedad institucional y otros tantos males siguen oprimiendo el corazón de la humanidad y nos impiden vivir en una auténtica libertad del alma, no obstante, Dios sigue hablando al corazón, nos da la oportunidad de volver nuestra mirada hacia su rostro contenido en tantos rostros “ceranos” que se vuelven oportunidades para reestructurar nuestra conciencia y vivir la humanidad del evangelio.

Cristo, en su humanidad, amó como nosotros, sufrió pérdidas y cansancios como nosotros, pero también confió y espero en su Padre Eterno. Ahí la belleza

de la humanidad restaurada en Cristo, aquella que puede abandonarse en las manos de Dios y confiar en su providencia.

La intención de estas líneas es acercarnos a Lc 5, 12-13; para involucrarnos en este breve diálogo amoroso-sanador y hacer una breve hermenéutica del texto:

"Estando Jesús en uno de esos pueblos, se presentó un hombre cubierto de lepra. Apenas vio a Jesús, se postró con la cara en tierra y le suplicó: «Señor, si tú quieres, puedes limpiarme»". Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda limpio»".

La escena que nos presenta Lucas es conmovedora, ya que Jesús es interceptado por un leproso, por un excluido, un "sin rostro". Es ahí, en esa espontaneidad donde surge la maravilla. Un hombre olvidado "busca" a quien siempre ha estado presente, a quien nunca ha renunciado a su ternura y es un eterno presente de amor. Los verbos que denotan la acción del leproso están cargados de una sensibilidad muy peculiar:

- 1) Se "Postró": una acción de suma humildad. Solo a Dios se le adora con todo el cuerpo, con el corazón, con la mente y con todas nuestras fuerzas. El leproso descubre en Jesús el rostro de Dios, ¡Él es Dios! Y no hay otra instancia que pueda ser adorada como lo hace el leproso. Recordemos a Moisés en el desierto, ante la teofanía de la Zarza, donde se postra para escuchar su voz. La postración significa una total rendición de nuestras fuerzas, de poner nuestra voluntad en la de un bien superior, una confianza auténtica y certera.

2) Le “Suplicó”: este verbo denota una agudeza en el sufrimiento. No sabemos la historia del leproso, sus orígenes, su historia, pero lo que nos ofrece el texto es que era un hombre marcado por el dolor. Su suplica es confianza, es entrega, es total. No hay más a quien recurrir. Solo Dios escucha en la aflicción. Pensemos en Job, quien marcado por la lepra y en el sinsentido clamaba a Dios incesantemente. Dios lo escuchó y le habló, podemos constatar en este bello poema sapiencial, así como lo hace ahora, en la historia de este leproso. La suplica es sencilla pero cargada de una gran espiritualidad: *“Señor, si tú quieres, puedes curarme”*. El leproso es consciente a quien dirige su oración, su súplica; y no lo hace en la arrogancia, ni en el reto de querer hacer su voluntad o de que Dios demuestre su omnipotencia. Lo hace en el abandono total de sus fuerzas, en la confianza de la fidelidad de Dios, en su caricia y suavidad. Una actitud digna de reconocer, es cuando no intentas anteponer tu voluntad sobre otros, cuando no se es invasivo ni mucho menos condicionante. Le dice: *“Si tú quieres”*, esta expresión nos sumerge en la omnipotencia de la voluntad divina, el hombre no puede solo, necesita a Dios en su vida, como guía, punto de referencia, como luz, certeza y paz.

Es evidente la necesidad del leproso, quiere ser liberado, despojado de la enfermedad. Quiere ser sanado profundamente, hasta la instancia más última de su ser, el alma, donde solo Dios puede llegar y renovarnos con su amor. Ahí lo emotivo, ya que el leproso habla con claridad a Jesús, le confiesa su anhelo y esperanza porque sabe que no será ignorado y se descubrirá amado.

Por su parte, los verbos que acompañan las acciones de Jesús son activos, denotan fuerza y seguridad:

- a) “Extendió la mano”: La expresión griega que utiliza el texto es: “Ekteíno” que en un significado más literal se expresa como “alargar”. Nuevamente se recrea la intención de Dios por acercarse al hombre, Dios es fiel, nunca renuncia a su paternidad. Por eso busca incansablemente ser cercano a su creatura, tanto que en su Hijo se expresa vivamente este deseo. Dios se “alarga”, quiere tocar la intimidad más profunda del hombre para reconstruirla, sanarla, dotarla de sentido.
- b) “Lo tocó”: Jesús sin miedo toca su impureza. En la encarnación del verbo, el Hijo eterno de Dios toca nuestra humanidad dañada por el pecado. Asume nuestras impurezas para lavarlas en su nueva humanidad. En Cristo se expresa el acto más bello de solidaridad de Dios hacia los hombres. Es por ello que Jesús extiende su mano con ternura y delicadeza, acariciando nuestra ‘lepra’, limpiándonos de todas las heridas de nuestra historia, sanando el rechazo, la discriminación, la exclusión que el mismo pecado provoca en nuestra vida y que solo la omnipotencia del amor de Dios puede restaurarnos interiormente.
- c) “Diciendo”: La Palabra de Dios es creadora, dadora de sentido. En el bello poema del Génesis descubrimos como Dios con su palabra crea un universo, anima lo que esta inerte, produce vida para generar más vida. Ante la súplica del leproso, Jesús le expresa su sentir, Él ‘quiere’ sanarlo, no le niega la posibilidad de incluirlo nuevamente en la dinámica de la vida social, mucho menos tampoco quiere que se aparte. En la persona de Cristo se reconcilia nuestro viejo ‘yo’ con el Dios que es misericordia y esta posibilidad nunca se cierra, permanece siempre abierta.

Dios ‘quiere’, siempre es posibilidad de encuentro y con ello marca una pauta en nuestra vida. En todas las escenas de curación-liberación, siempre hay un “antes” y un “después”. A Dios no le importa nuestro

pasado, le importa nuestra presente, por eso 'quiere', lo expresa con su palabra creadora, porque Él hace siempre nuevas todas las cosas.

Hermanos y hermanas, en estos tiempos una nueva lepra nos carcome el alma. Podemos hablar de modo análogo con la enfermedad del Covid-19; muchos la padecen hasta instancias dolorosas: desde la pérdida de un empleo, la crisis educativa en la que estamos inmersos, la pérdida de un ser querido, etc. Pero no olvidemos que Dios está presente en nuestro caminar, que Él dirige nuestra historia y en Él se sostienen nuestras vidas.

Es doloroso mirar los diversos escenarios, pensar en la exclusión que hacemos de nuestros amigos y familiares que se contagian y que por las circunstancias no nos es posible acercarnos. Nos hemos quedado en un rostro aparente; el 'Cubre-bocas' pareciera que nos sumerge en un gran anonimato y en una indiferencia social. Es cierto, no podemos negar la gravedad en la que estamos inmersos y que necesitamos cuidarnos con mucha atención, pero tampoco en el miedo que individualiza o excluye, sino en una solidaridad responsable, siempre abierta e incluyente.

El Evangelio en su belleza nos ayuda a recrear estos escenarios, a descubrir que las problemáticas del tiempo de Jesús al nuestro no distan mucho en esencia. Son momentos en donde debemos volver la mirada amorosamente a quien sufre, tantos son los lugares donde de alguna u otra forma podemos ser rostro vivo de Dios.

Este año lo iniciamos con Esperanza, Dios en su providencia nos sostiene y nos guía en nuestro caminar. La vacuna es un gran estímulo a combatir el mal que nos ha hecho sufrir en el terreno de la salud, pero también estamos llamados a revisar nuestra salud integral. No descuidemos el templo que Dios nos dio para morar en él: nuestro cuerpo. Valoremos a cada instante la vida, con sus alegrías y

tristezas, Dios siempre habla al corazón y escucha nuestras suplicas como lo hizo con el leproso. En su providencia apreciamos este “estirar” de su mano, que nos toca, nos acaricia y que es consuelo en la desolación.

Les abrazo en la esperanza, orando al Hijo Eterno de Dios que, si Él quiere, pueda curarnos de todos nuestros males, animándonos con su alegría y en su paz.